

HACIA UNA INTERPRETACION ONIRICO-ESTRUCTURAL DE *NIEBLA*

Temáticamente, mucho se ha escrito sobre *Niebla*, obra unamunesca de gran éxito; sin embargo, poco se ha dicho en cuanto a su estructura a través de lo temático. En casi toda la obra de Unamuno, hay un intenso esfuerzo o sea lucha de personalidad y dentro de la personalidad unamunesca, hay esas corrientes opuestas, esa niebla, en la cual se plantean los sueños; sueños de un don Quijote, de un Segismundo, o de un Augusto. Esta realidad-irrealidad, como la hay en el hombre de carne y hueso de Unamuno (que es, a la vez, ficticio) formará un trazo cabal cimentando, a través de la estructura, el planteamiento del hombre como soñador en un mundo o "sueño común". Desde un principio, en la *Historia de Niebla* vocifera Unamuno sobre la esencia de la inmortalidad, del sueño común:

"Pobres mentecatos los que suponen que vivo torturado por mi propia mortalidad individual... Que la inmortalidad como el sueño, o es comunal o no es"¹.

Además, después de diseminar una cantidad de preguntas consignando la contradicción de cada uno de nosotros, afirma:

"Esta es la niebla, esta la nivola, esta la leyenda, esta la vida eterna... y esto es el verbo creador, soñador". (Idem).

Ya nos pronostica el autor su intento y no cabe duda que Augusto, como protagonista, es un ser flotante entre la niebla de Unamuno. Al principio de la novela sale aquél de un mundo de ideas y penetra al pueblo en su plena niebla: "La función más noble de los objetos es la de ser contemplados". Y Unamuno nos da la clave de su estado funambulesco cuando nos dice: "Porque Augusto no era un caminante sino un paseante de la vida". El combate interior empieza; se da cuenta de todo lo exterior: hormigas, hombres, trabajo, el paraguas y lo imperfecto, todo lo cual ocurre mientras que, inconscientemente, sigue a una moza. Ha llegado Augusto a la niebla; en esta forma presenta Unamuno a su hombre inmortal que se encara inevitablemente con la niebla o el "aburrimiento" de la vida. Este

¹ MIGUEL DE UNAMUNO: *Niebla* (Madrid, 1963), pág. 24.

hombre de carne y hueso (unamunesco), como su creador, es un ser de contradicción, cuyo objeto en la vida es crearse dentro de sí mismo un alma.

Intencionalmente, introduce Unamuno a Orfeo, que servirá como recurso para promover el diálogo o el monólogo, según nos dice más adelante. Como personaje íntegro y secundario impulsa el desarrollo del alma atormentada de Augusto. Orfeo, personaje de índole fatalista, provoca el desfile de ideas y de sueños, sean o reales o irreales. Es decir, a veces impulsa al héroe a soñar y a "eternizar", y a veces atenúa y dirige esta tendencia hacia una realidad concreta. Ya lo prefigura Unamuno cuando le dice Augusto a Orfeo: "Hay quien cree seguir una estrella; yo creo seguir una doble estrella, melliza"; está estableciendo el sentido de la esencia de la inmortalidad, del vivir "agridulce", cuya clave sería:

"Por debajo de esta corriente de nuestra existencia, por dentro de ella, hay otra corriente en sentido contrario: aquí vamos del ayer al mañana, allí se va del mañana al ayer". (pág. 50).

El resultado por consiguiente, es "el más dulce de los dolores: el de vivir" (idem). Por una parte, hay la corriente que consiste en el "dulce aburrimiento" de la vida o lo consciente de este mundo. Es decir, la niebla. Por otra parte, hay otra netamente opuesta; la del ensueño, lo irreal, lo inconsciente y lo eterno. Por eso, cuando Augusto exclama, "¡*Amo, ergo sum!*" establece que el amor destruye todo aburrimiento, o niebla de la existencia, y, en consecuencia, su alma "de bulto" es el más dulce de los dolores del vivir; porque vivir es querer, querer es soñar; soñar es sufrir, agonizar; la esencia del sentimiento trágico de la vida. Phillip Silver, en cuanto a la personalidad, afirma:

"But underlying Unamuno's witticisms and puns there is a serious attempt to show that personality is more basic to men—real or fictitious—than any of the other characteristics of human existence thus far devised by philosophers"².

No cabe duda que Augusto, en su enlace amoroso con Eugenia, está preocupado por su personalidad imaginándose que el "otro" sea él mismo.

² PHILIP SILVER, traducción de JOSÉ FERRATER MORA: *Unamuno, a Philosophy of Tragedy* (Berkeley, 1962), pág. 38. "Pero bajo de sus juegos de vocablos e ingeniosidad, hay un esfuerzo serio para mostrar que la personalidad es más esencial al hombre, sea verdadero o ficticio, que ninguna otra característica de la existencia humana aún concebida por los filósofos".

"¡El otro!... Pero el otro no es el novio de Eugenia, no es aquel a quien ella quiere; el otro soy yo. Sí, soy yo el otro; ¡yo soy el otro!". (pág. 59).

En esta forma, Unamuno apunta a la inmortalidad en el hombre, así como a su personalidad deseada y básica, tanto como al amor, que es un sueño; nada más un sueño que cifra todo sueño, el sueño común del mundo. Por eso, llega Augusto a declarar en defensa de Eugenia:

"Eugenia, Señores, me ha despertado a la vida, a la verdadera vida y sea ella de quien fuera, le debo gratitud eterna". (pág. 67).

Efectivamente se decide heroicamente Augusto a comprar la hipoteca de la casa de Eugenia, no para ganar su amor o por ser galante, sino por esa necesidad indispensable (de toda criatura unamunesca) de formular dentro su propia personalidad.

Más importante aún es el deseo de mostrar que todo hombre de carne y hueso está interrelacionado definitivamente. Es decir que cada hombre, sea real o ficticio, es verdaderamente él mismo y no puede vivir sin los demás; tal demuestra Augusto al decir a Orfeo:

"Ay orfeo esto de dormir solo, solo, es la ilusión, la apariencia; el sueño de dos es ya la verdad, la realidad ¿Qué es el mundo real sino el sueño que soñamos todos, el sueño común?". (pág. 71).

No obstante, sin la realización del sueño, no hay más que caer en la niebla, como ocurre en el caso de Augusto al comprar la hipoteca de Eugenia, que es rechazada en seguida por motivos, imaginados por ella, al creer que está vendiendo su amor, su cuerpo: "¡Pégame, Eugenia, pégame; insúltame, escúpeme, haz de mí lo que quieras!" (pág. 72). Esta confusión, esta niebla le hace volver a la calle, a vagar como un sonámbulo, entrando a una iglesia sin darse cuenta. Aquí, en sus sueños, se encuentra con don Avito Carrascal (el pedagogo de *Amor y pedagogía*). Unamuno aprovecha la oportunidad de presentar a un personaje de otra obra apropiadamente, ya que don Avito se ha transformado en un hombre arrepentido y humilde. Para seguir el desarrollo del problema notamos, en particular, que don Avito será la primera de una serie de interpelaciones intencionadas para impulsar el desarrollo de la trama. Aconsejando a Augusto declara:

"No hay más que dos legados: el de las ilusiones y el de los desengaños, y ambos solo se encuentran donde nos encontramos hace poco: en el templo". (pág. 73).

Además, en forma conceptista, típicamente unamunesca, afirma que la ilusión, la esperanza engendra el desengaño, el recuerdo, y vice-versa (pá-

gina 73). La idea, o más bien, la paradoja indica que los sueños no tienen realidad sin que el soñador tenga la oportunidad de rebelarse contra ellos. Es decir, que cuando nos rebelamos contra el hecho de que nuestro creador no esté soñándonos, realmente, lo acompañamos en su eterna tarea —soñar—. Bien dice Ferrater Mora, al establecer que siempre falta el vigor en la fe sin la duda, tanto como la esperanza que tiende hacia lo estéril sin desesperación³. Todo esto es parte de la contradicción esencial de nuestro universo; la realidad es ficción, la ficción, realidad.

Una de las fases más interesantes de la estructura de *Niebla* reside en las intencionadas interpelaciones de los cuentos. No hay nada raro, por supuesto, en que se encuentre Augusto con su amigo Víctor en el Casino, y aún que le relate un cuento; lo importante es que aprovecha Unamuno la oportunidad de emplear sigilosamente este procedimiento (muy al modo de Cervantes) para plantear su ironía en juego conceptista.

Don Víctor relata la historia de su matrimonio, uno que llega a tener tono "eternizante" por su perfectibilidad, pero el cual, después de doce años, fracasa por el imprevisto nacimiento de un hijo. Cae, por consiguiente, en la niebla, en la irregularidad, todo lo cual es precisamente lo contrario que desea Augusto de su amigo. Desea el consejo, la compasión, la consideración, y recibe más niebla; no tiene más remedio que consolarse con su Orfeo diciéndole: "Y ahora vamos a dormir, Orfeo, si es que nos dejan". Intercala Unamuno otro cuento, vía don Víctor, de semejante índole. Se trata de un viejo, dispuesto a morir, que se casa con la patrona para dejar trece duros mensuales de viudedad, que de otro modo no aprovecharía nadie y se irían al Estado. Habla Víctor de la niebla de don Eloíno, y quizá de España, pero ya no relata personalmente su vida; relata la vida que recoge como datos para su "tragicomedia". Habla Víctor, pero realmente es Unamuno quien empieza a predicar sobre unos de su temas favoritos, Cervantes:

[...] pero considerando mejor he decidido meterlo de cualquier manera, como Cervantes metió en su *Quijote* aquellas novelas que en él figuran [...]. (pág. 91).

Empiezan los personajes, a través de la pluma de Unamuno, a hablar al modo "quijotesco"; hablan de la estructura de lo que resulta ser una "nivola", de escritores de su tiempo y aún de la obra, en la cual existen. Esta es la primera indicación en la cual un personaje actúa como una "entidad de ficción" fuera de su propia naturaleza. No quiero decir que la antedicha técnica sea inaudita; realmente, se empleaba en el siglo XVI por el

³ FERRATER MORA: pág. 39.

propio Cervantes, su maestro. Digo "maestro" porque Unamuno inconscientemente imita y emplea mucho de la técnica de aquél. En primer lugar, aclaremos que lo que llama "nivola" Unamuno no es nada más que una forma de atacar a sus críticos; veamos su *Historia de Niebla*:

"Esta ocurrencia de llamarle nivola —ocurrencia que en rigor no es mía, como lo cuento en el texto— fue otra ingenua zorrería para intrigar a los críticos. Novela y tan novela como cualquier otra que así sea". (pág. 21).

En segundo lugar, el hecho de que los personajes hablen de sí mismos, etc., ya se había empleado en la segunda parte del *Quijote* cuando éste y Sancho no sólo hablan del primer tomo y de Cide Hamete Benengeli, sino que se presentan como personajes del segundo tomo para discutir en una venta la verosimilitud del don Quijote y Sancho de la primera parte con unos señores preocupados por el tema.

Unamuno presenta a Víctor como su sueño, y como soñador de su sueño, goza el sueño común con su creación; habla Víctor de Orfeo, indirectamente, al discutir las leyes de novelar: "Entonces... un monólogo. Y para que parezca algo así como un diálogo invento un perro a quien el personaje se dirige". Todo lo cual hace a Augusto pensar en su vida como realidad o ficción. Se pregunta a sí mismo: "¿No es acaso todo esto un sueño de Dios o de quien sea, que se desvanecerá en cuanto El despierte, ..." (pág. 93). Es decir que el hombre verdadero es ficticio; es el producto de un sueño: el sueño de Dios (bien podría ser un Dios autor). Este es el origen de su angustia, el darse cuenta de estar sumergido en un sueño profundo. Por eso al despertar exclama: "¡Ay, mi Eugenia! Y mi Rosarito..." (pág. 93).

Por otra parte, vemos a Augusto haciendo un esmerado esfuerzo para recuperar su alma; indaga por el alma, trata de cincelar una personalidad, básica en su fin en este mundo a punto de olvidar las Eugenias o Rosarios:

"¡Tantas Eugenias! ¡Tantas Rosarios! No, no, conmigo no juega nadie, y menos una mujer. ¡Yo soy yo! ¡Mi alma será pequeña, pero es mía". (pág. 100).

Bien sabe nuestro protagonista lo que es estar en la niebla; su intento, pues, es salir de ella y "eternizarse" para su propia inmortalidad. La intención del problema del amor o sea la afinidad del problema matrimonial integra cabalmente un sentido de asimilación al problema de Augusto. Ya empieza a ver Augusto mismo, lo último al oír el relato o desastre matrimonial de don Antonio. Y ya se ve claramente el sigiloso intento de Unamuno mediante su intencionada intercalación. Siguen las intercalaciones pero cambian de sentido; la niebla de Víctor se transforma en sueño,

a pesar de que diga que es como si hubiera despertado de un sueño. Al nacer su hijo, símbolo de la unión matrimonial, brota el amor, el sueño, y queda (como dice Augusto) totalmente ciego. Augusto, como hombre de "carne y hueso", consciente de su inmediata interrelación de todo hombre, desea compartir el "sueño de dos que es ya la verdad, la realidad" y relata la leyenda del *Fogueteiro*, historia del ciego amor. Todo lo cual, quiere decir Unamuno, que los sueños son la fuerza motriz de toda existencia.

Todavía preocupado por su personalidad, pretende fingir Augusto que solicita a Eugenia como futuro marido, nada más para probarla como experimento psicológico. Mientras tanto, al conversar "nivolescamente" Augusto y Víctor, entra Unamuno para confesar su placer en ver a sus personajes "nivolescos" abogando y justificando sus procedimientos. El lector, por supuesto, no sabe todavía la libertad que se tomará Augusto como "ente de ficción" al amenazar a su creador o sea soñador. Afirma Unamuno, sin embargo, y hasta crea un ambiente propicio, en el cual los personajes puedan manifestar la habilidad y aún la libertad de vociferar contra su soñador. La afinidad entre Dios y sus creaciones es, sencillamente, entre el soñador y el soñado. Por eso declara Unamuno: "Y yo soy el Dios de estos dos pobres diablos nivolescos" (pág. 131).

Augusto, a la vez, paradójicamente se decide a despertar:

"Y tengo que casarme, no tengo más remedio que casarme..., si no, ¡jamás voy a salir del ensueño! Tengo que despertar". (pág. 139).

originando del postulado expuesto que al despertar del sueño, cesamos de existir; por eso, rogamos a nuestro autor que no cese de soñarnos. La paradoja es que el sueño pierde su esencia sin posibilidad alguna de poder despertar y rebelarse contra él mismo⁴.

Se realiza el climax de la novela cuando Eugenia envía su carta a Augusto; esta traición sirve como elemento retrospectivo en cuanto al relato de don Antonio. El hecho de que haya intercalado Unamuno este cuento anteriormente, justifica lo intencionado de su empleo. Indudablemente, no puede resistir más niebla y decide suicidarse, acción antitética de cualquier hombre inmortal, unamunesco. Sin embargo, antes de adoptar esta resolución, decide hablar con su creador, su autor, que reacciona contra su héroe por creer que no existe más que fuera de su propia fantasía. Además decide su autor matarlo. ¿Qué indica todo esto en cuanto a la estructura? Indica que el hombre soñado, como su creador, está hecho de una contradicción ubicua cuyo fin en la vida es dotar de un alma a su propia personalidad. Además, ya nos había prefigurado Unamuno la potencia o libertad de la re-

⁴ Idem.

belión del hombre "nivolesco" al haber interrumpido el relato para charlar con sus lectores de sus creaciones. Augusto, consciente de la indispensable necesidad de formular su alma, amenaza a su autor, recordándole que Dios (quizá un Dios autor) pueda dejar de soñarlo:

"Pues bien, mi señor creador don Miguel, también usted se morirá, también usted, y se volverá a la nada de que salió... ¡Dios dejará de soñarle!" (pág. 154).

Augusto, sin duda, hace un supremo esfuerzo para alcanzar esa inmortalidad, esa pasión de la vida, de seguir viviendo, "eternizándose". Siguiendo su lucha para existir, piensa, al regresar a su pueblo (con un apetito voraz), en las gentes condenadas que comen antes de morir. El hecho de que envíe un telegrama a su creador afirmando que se ha salido con la suya no tiene importancia. Realmente Augusto ya se había decidido a morirse; no hay otro recurso lógico que pueda emplear Unamuno más propicio para su estructura. Hay otras indicaciones más positivas: la inhabilidad de Augusto para escapar a la niebla, la traición de Eugenia, Orfeo como símbolo fatalista y el compromiso de morirse.

Unamuno, en Salamanca, sueña que Augusto regresa y en su sueño Augusto enfáticamente le dice que lo puede matar, pero no resucitarlo; no puede aún soñarlo dos veces. Unamuno en su mente se da cuenta que somos el resultado de un sueño y aunque no estamos completamente a merced de nuestro soñador, tenemos el poder de cambiar sus sueños.

Afirma Augusto que a pesar de lo que sueña su creador, no puede borrar lo que ya ha creado y lo que existe como "ente de ficción". Sueña Unamuno luego que se muere nada más para despertar en ese momento con cierta opresión en su pecho, dando a entender al lector que "el dormir sólo es la ilusión, la aparición, el sueño de dos es ya la verdad, la realidad". La terminación de la novela no se realiza hasta el fin de la *Oración fúnebre por modo de epílogo* que sirve como un artificio para comentario; encomenda, en este caso, a la voz de Orfeo. Ordinariamente, Unamuno hace sus explicaciones en los epílogos. Hay que consignar, sin embargo, la necesidad de sustituir a Orfeo por su soñador como ya se ha establecido; el epílogo le ha servido a Unamuno como un artificio para declarar la técnica de su obra. Ahora bien, no puede terminarla sin hacer morir a Orfeo. Orfeo, como personaje simbólico, fatalista y compañero singular de Augusto, asume un importante papel. Lógicamente, como confidente, es natural que haga su "oración fúnebre". Lo que no parece lógico es la inusitada muerte de Orfeo después de sus exclamaciones. Esto bien se puede explicar a través de los sueños; sabemos (como le decía Augusto a Orfeo) que "el dormir sólo es ilusión, la aparición, el sueño de dos es ya la verdad, la realidad". El sueño común que tenían ha perdido su existencia. Si las exclamaciones de Orfeo tienen un tono agudo es porque se da cuenta de que

el sueño solo no perdurará: el despertar de su sueño indica la terminación de la existencia, de su vida.

En conclusión, la estructura en *Niebla* está intencionalmente trazada a través de la teoría de los sueños. Forja Unamuno, mediante ésta, el desarrollo del hombre preocupado por la primordial formulación de su alma, que en conjunción con la personalidad cimienta el cauce propicio para la inmortalidad. Total, que el hecho de que haya una estructura cuidadosamente concebida rechaza su clasificación como novela "vivípara". El perfil unamunescos tiene su forma y aun suele ser una bien pensada; ya se ha visto cómo presenta a Augusto en un mundo de ideas, cómo las dos corrientes afectan a todo hombre inmortal y, cómo Orfeo, compañero fiel y soñador, figura cabalmente en la estructura. Las intercalaciones, por su valor interrelacionativo de trama, contribuyen, indispensablemente, a la formulación de la lucha inmortal al cincelar la personalidad por medio de los sueños. Unamuno manifiesta, además, la personalidad íntegra del alma inmortal cuya rebelión es parte íntegra de su estado "unamunescos": El epílogo mantiene la misma función antes mencionada; lo importante es considerar la realización del papel de Orfeo a través de los sueños como parte íntegra de la estructura. Quizás, se podría considerar ésta (como sugiere Eoff) a través de la pre-existencia, la existencia, y post-existencia⁵. Si aceptamos este concepto, hay que consignarlo como una unidad del alma "unamunescos". No obstante, Unamuno es un pensador consciente de sus creaciones, que, con técnica inaudita y conceptista, ha forjado un universo en el cual los sueños provocan la ubicua lucha de la personalidad.

ARNOLD C. VENTO

University of Missouri
27, Arts and Science
Columbia, Missouri
U. S. A.

⁵ SHERMAN H. EOFF: *The Modern Spanish Novel* (New York, 1961), pág. 210.